

---

# ENTRE EL MIEDO Y EL RESPETO: UNA CONCEPCIÓN MENOS ALIENANTE DE LA PEDAGOGÍA

Luis José Villarreal Vásquez\*

*“La letra con sangre dentro”  
(Barbarismo sobre la teoría de Lancaster)*

## RESUMEN

Muchos de los problemas que aquejan a nuestra sociedad en los albores del siglo XXI se deben a que hemos sido educados y continuamos educando a nuestra juventud con criterios anacrónicos y equivocados, tal como ocurre con la educación cimentada en el miedo y no en el respeto.

**Palabras clave:** miedo, respeto

Fecha de recepción: mayo de 2008, fecha de aceptación: noviembre de 2009

## INTRODUCCIÓN

Todos nos hemos preguntado alguna vez ¿qué papel cumplen el miedo y el respeto en el proceso educativo de una sociedad?; y las respuestas son múltiples y extremadamente variadas, según sean el nivel de instrucción, la

ideología, el sistema pedagógico o los intereses que tengan los autores de tales respuestas. Pues bien, al análisis y consideración de estas y algunas otras preguntas nos encaminamos a través de nuestra experiencia docente y discente, y a lo largo de estas líneas; las cuales han sido suscitadas no solo por nuestra observación sino por conversaciones sostenidas con mis compañeros estudiantes durante cuarenta y tres años de trabajo como profesor en once establecimientos de instrucción que abarcan desde la escuela primaria hasta el posgrado universitario.

Para nadie es un secreto que a lo largo de la historia se han convalidado todos los sistemas de enseñanza y de educación, no solo de la niñez y de la juventud sino también de las gentes de todas las edades; aunque la educación de los mayores se suele denominar también reeducación o resocialización como reza en algunos

\* Abogado, magíster en lingüística española, licenciado en filología e idiomas, profesor de comunicación y redacción. Correo electrónico: luis.villarreal@uexternado.edu.co

estrados judiciales y penitenciarios. Los espartanos educaron para la guerra; los griegos, para la libertad; los romanos, para el derecho; los hebreos y los musulmanes, para el más allá; y los cristianos, supuestamente, para la caridad y la confraternidad. Estas son solo algunas muestras paradigmáticas, tomadas de lo más común y cotidiano que solemos aprender. Pero, ¿cuáles de estas metas se han logrado verdaderamente?, o, por el contrario, ¿cuáles perdieron su validez a través de los siglos, o simplemente se consideran hoy como proyectos ideales, como utopías?

Los occidentales –y nosotros como colombianos, entre ellos– nos vanagloriamos de ser los herederos de la cultura grecolatina y de la religión cristiano-mosaica, y de tantos otros principios no menos trascendentales, los cuales harían de nosotros una estirpe mucho más que privilegiada, por cuanto en nuestro mestizaje étnico y cultural se conjugan lo más selecto de la cultura universal con lo más pródigo de una tierra sin igual en belleza y promisión. Algunos de mis lectores estarán completamente de acuerdo conmigo; otros, por el contrario, pensarán que los estoy envolviendo en retórica desueta. Ambos grupos tienen toda la razón: los primeros porque su enciclopedia cultural les muestra un devenir histórico de herencia cultural irrefutable; y los segundos porque entornando la vista a uno y otro lado se encuentran con una nube copiosa de deshonestidades, corrupciones y violencias. Es como si nosotros hubiéramos tomado al azar lo peor de todas y cada una de aquellas herencias y nos hubiéramos fabricado

un dechado, no de virtudes sino, de taras genéticas, desperfectos socioculturales y malevolencias.

¿Qué hay, pues, entre todas las virtudes históricas y aquestas manifestaciones indecorosas que nos rodean? Me atrevo a pensar que lo que ha hecho que florezcan nuestros males no es otra cosa que un proceso educativo erróneo y descompasado; atado, naturalmente, a una concepción alienante de la economía, manifiesta en una absoluta falta de redistribución del ingreso que nos ha llevado siempre a la zaga de todos los florecimientos culturales y tecnológicos, y nos arrastra hacia un vórtice de miseria galopante y envilecimiento sin motivo.

Los amigos del conservadurismo a ultranza aseguran que la causa de todos nuestros males no es otra cosa que el olvido del temor de dios, la demasiada holgura de las normas modernas y la falta de respeto de las juventudes y de la plebe hacia los mayores y las clases privilegiadas. Por su parte, los enclaves de ultrapoder que aún persisten, con cierta ceguedad un tanto anacrónica, tampoco logran los ideales de la sociedad utópica que pregonan. Profesores y establecimientos hay de todas las tendencias académicas. Colegios y universidades que parecen monasterios medievales, donde campean todos los miedos y los traumas aberrantes; y otros que a fuerza de libertinajes semejan establecimientos de reclusión sin rejas ni centinelas, donde abundan todos los vicios y malevolencias de las naciones industrializadas. Pero ni los unos ni los otros ofrecen un ideal de desarrollo. Los

primeros engendran conductas anormales de un miedo cervical a la libertad y al conocimiento; en tanto que los otros desbocan todo intento de libertad y lo llenan de falsas autonomías que se pierden en los meandros del vicio y de la displicencia, ajenos a todo respeto y pundonor. Nos falta hallar un modelo que sin engendrar el miedo y la alienación, produzca una atmósfera de respeto y crecimiento, a la manera del estadista Benito Juárez cuando decía “El respeto al derecho ajeno es la paz”.

Instituciones hay, por ejemplo, donde los jóvenes estudiantes deben llamar ‘señoritas’ a las señoras profesoras embarazadas, y ‘doctores’ o ‘licenciados’ a cualquier individuo que escasamente ha cursado el bachillerato y que labora con un simple salario mínimo. En estos establecimientos campean el miedo y la alienación. Allí los estudiantes jamás pueden reclamar por una calificación injusta, y la libreta de notas es privada: el educando nunca puede saber qué calificaciones lleva o cuándo le van a tomar un nuevo examen. Todo se maneja con el llamado observador de alumnos, y los conceptos profesoriales son dogmas irrefutables. Una educación así puede que engendre personas sumisas, calladas y aburridas; pero jamás podrá ganar el respeto y la consideración hacia los que ellos llaman ‘superiores’.

El respeto nace de un sentimiento de libertad y de responsabilidad, y de la aceptación que engendra el saber compartido, el conocimiento convalidado

en la libre y autónoma disensión. El respeto no se impone, sino que se gana con el paso del tiempo, no pocas veces, muchos años después de la relación pedagógica. A veces, solo después de la muerte del profesor; lo cual no obsta para que algunos docentes sean respetados y acatados en el mismo momento de la relación académica. Tampoco nace el respeto, por las calificaciones –ni altas ni, mucho menos, bajas–, ni por las zalamerías o asperezas en el trato; sino por la justicia y el reconocimiento que se haga de las labores del estudiante, por la comprensión que se pueda irradiar en el aula y fuera de ella, por la calidez de la relación profesor-estudiante, y por el ejemplo que se le pueda brindar a las personas que estamos formando para la vida y para la posteridad.

El miedo, pues, engendra caracteres contrahechos, adaptables a cualquier situación; personas volubles y complacientes. El miedo lleva a una doble moral, a que las personas miedosas aparenten virtudes que no tienen cuando las están observando, pero que se comporten de muy distinta manera cuando salgan de la órbita de terror a la que fueron sometidas durante la relación pedagógica. Por el contrario, el respeto propicia una moral invariable y única, una conducta a toda prueba; y una visión ecuánime de la vida, que favorece la comprensión, la justicia, la equidad y la tolerancia.

\* Profesor: Universidad Externado de Colombia